

---

## CONSEJO DE REDACCIÓN

*Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoewel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin*

## COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,  
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: P. Dr. Luis Baliña  
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet  
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

# COMMUNIO

<i>Editorial</i>	<b>3</b>	<b>El mundo</b>
<i>Étienne Michelin</i>	<b>5</b>	<b>El "Mundo" en el Concilio Vaticano II</b>
<i>Francisco Díez Fischer</i>	<b>25</b>	<b>El juego abierto del mundo y las raíces de la vida</b>
<i>Julia V. Iribarne</i>	<b>35</b>	<b>Pierre Teilhard de Chardin, S.J., fenomenólogo del cosmos</b>
<i>Jean Francois Chiron</i>	<b>55</b>	<b>Paul Claudel, un cristiano en el siglo</b>
<i>Emmanuel Picavet</i>	<b>73</b>	<b>Los problemas de este mundo, ¿podemos dejarlos en manos del utilitarismo?</b>
<i>Rebeca Obligado</i>	<b>89</b>	<b>Caos o Cosmos: la elección de Antígona de Marguerite Yourcenar</b>
<i>Jorge Mazzinghi (n.)</i>	<b>101</b>	<b>"Ciudad abierta - Ciudad cerrada"</b>

# PIERRE TEILHARD DE CHARDIN, FENOMENÓLOGO DEL COSMOS

*Julia V. Iribarne\**

*“En alguna parte debe existir un punto  
de vista desde el que Cristo y la Tierra  
aparezcan situados de tal suerte,  
Uno con relación a la otra,  
que no pueda poseer al Uno  
más que asiéndome a la otra, comulgar  
con el Uno más que basándome en la Otra,  
ser absolutamente cristiano más que  
a fuerza de ser desesperadamente humano”.*  
*La vie cosmique, 1916, p.29*

## **I.Introducción**

Recordamos hoy el cincuentenario de la muerte de Pierre Teilhard de Chardin, una de las personalidades religiosas más significativas del Siglo XX.

A modo de introducción, comienzo por citar el fragmento de una carta que en 1981, con motivo del centenario del nacimiento de Teilhard, el Cardenal Secretario de Estado, Agostino Casaroli envió al Arzobispo Paul Poupard, Rector del Instituto Católico de París, sede del homenaje. La importancia de este texto reside en que refleja relativamente recientes afirmaciones oficiales de la Iglesia y en que el contenido de esa carta fue comunicado en nombre de Juan Pablo II.

\* Doctora en Filosofía (UBA); Profesora de Filosofía en la UBA y UCA. Investigadora en la Academia Nacional de Ciencias

Dice así:

“Dirigida al futuro, esta síntesis, a menudo de tan lírica expresión y plena de pasión por lo universal, habrá contribuido a devolver el sabor de la esperanza al ser humano atormentado por la duda. Al mismo tiempo, la complejidad del problema tratado, así como la variedad de aproximaciones adoptadas, no han dejado de hacer surgir dificultades que con derecho motivan un estudio crítico y sereno – tanto desde el nivel científico como desde el filosófico y el teológico, de esta obra excepcional. – Y continúa diciendo - No cabe duda de que la celebración del centenario en el Instituto Católico de París, o en el Museo de Historia Natural, en la UNESCO así como en Notre Dame en París serán, desde este punto de vista, una oportunidad para estimular la confrontación mediante una correcta diferenciación metodológica de niveles, en lineamientos estrictamente epistemológicos.

Por cierto nuestro tiempo recordará, más allá de las dificultades de concepción y las deficiencias de expresión en este importante intento de alcanzar una síntesis, el testimonio de la vida unificada de un hombre capturado por Cristo en la profundidad de su ser, y preocupado por honrar al mismo tiempo a la fe y a la razón, dando respuesta de antemano, al llamado de Juan Pablo II: “No temáis; abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, los inmensos campos de la cultura, la civilización y el desarrollo.”<sup>1</sup>

Estas palabras alientan nuestro propósito de meditar también nosotros sobre el pensamiento de Teilhard de Chardin.

## **II. La persona y su obra**

Teilhard nace en Sarcenat, Puit des Domes, el 1 de mayo de 1881, y tal como lo había deseado, muere un domingo de Pascua, en el año 1955, en New York.

A los once años estudia en el Colegio Jesuita de Mongré en Villefranche-sur-Saône. En 1899 ingresa al noviciado de los jesuitas de Aix en Provence.

Su trabajo científico como paleontólogo se sitúa primariamente en Asia; su descubrimiento del hombre de Pekín es de 1929; realizó exploraciones en India, en Java y participó en la Cruzada (Crossing) Amarilla. Lo innovador de su punto de vista hizo que por orden de sus superiores y de Roma su obra científica y filosófica no pudiera publicarse durante su vida.

<sup>1</sup> “En el Centenario del nacimiento del Padre Teilhard de Chardin”, *Habla el Papa* 26 (1981): 265-266, (Citado por Donald Goergen, Current trends: *Recent Studies of Pierre Teilhard de Chardin*. ([www.spiritualitytoday.org/spir2day/823436goergen.html](http://www.spiritualitytoday.org/spir2day/823436goergen.html).)

Entre los años 1908-1914 profundiza sus estudios de teología; contemporáneamente la teoría de la evolución se va imponiendo paso a paso en su pensamiento. En su último libro, *El corazón de la materia*, autobiográfico, dice: “[...] poco a poco, como una presencia, ha crecido en mí hasta invadir por entero mi cielo interior, la conciencia de un Derivar profundo, ontológico, total del Universo a mi alrededor [...]” (XIII, p.33).

Se trata de una intuición sorprendente para esa época; con la expresión “un Derivar profundo, ontológico, total del Universo” alude a una evolución del Universo tal como podemos concebirla hoy.

A los treinta años se ordena sacerdote. En París trabaja en el Museo de Historia Natural bajo la dirección del Profesor Marcellin Boule y a su lado descubre el medio científico agnóstico y ateo que frecuentará hasta su muerte, en razón de vínculos de amistad y de su respeto por sus valores humanos y morales.

Durante la guerra de 1914–1918 es movilizado. Es camillero en una unidad mixta de suabos y marroquíes. Esos años fueron para él los de una experiencia que denominó su “bautismo en lo real”, tuvo frente a sí la vida de los hombres de la tropa, la solidaridad, el sufrimiento y la muerte, el don de sí mismo por algo más grande que uno mismo: esto lo condujo a la vivencia de las realidades colectivas y orgánicas que en la sociedad humana se sitúan más allá y por encima de los organismos biológicos.

El siguiente período (1918-1925) es el tiempo de su primeros escritos y de su primer viaje a China, adonde va en misión científica; es allí donde descubre y se apasiona por la *geología* y es también allí, en el desierto de Ordos, donde escribe su memorable *Misa sobre el mundo*. Con el paso del tiempo, el vínculo entre la fe en Dios y la investigación científica permanecerá intacto en él.

Vivió veinte años en China, interrumpidos por cinco viajes a Francia donde encuentra el apoyo de sus amigos, da conferencias y entre sus conocidos circulan copias de sus textos dactilografiados. Padece la prohibición de enseñar y de publicar sus reflexiones, pero persiste en su trabajo porque tiene conciencia de que su pensamiento responde a las expectativas de la sociedad que lo rodea. Providencialmente, la prohibición que padece es la que lo llevó a profundizar *in situ* su estudio de la evolución, a fortificar el fundamento científico de sus intuiciones.

Al declararse la Segunda Guerra Mundial se encuentra en China y no puede volver a Francia hasta 1946.

La obra de Teilhard de Chardin es extensa. El texto considerado como la de mayor importancia es *El fenómeno humano* (1938), también es importante *El*

*medio divino*, en él se muestra fiel a las tradiciones de la Iglesia y a las enseñanzas de San Pablo; le siguen *El porvenir del hombre*, *El lugar del hombre en la Naturaleza*, *La activación de la energía*. Hasta el momento se han editado 13 volúmenes además de los de su Correspondencia y sus Diarios, en la Serie Cuadernos.

### **III. Los grandes temas de su pensamiento**

La trayectoria de su pensamiento sigue sus más tempranas inclinaciones. En la infancia buscaba lo persistente, lo inalterable: esa vocación se concretó más adelante en sus estudios de geología.

Desde el comienzo de su formación, despierta en él un fuerte sentido de “totalidad”. Más adelante, sus experiencias de campo lo llevan a adherir a la teoría de la evolución, pero en él el sentido del término se amplía: es el Espíritu el que arrastra la Materia.

Hay tres nociones fundamentales alrededor de las que se organiza su pensamiento. Ellas son “biosfera”, “noosfera” y Cristosfera; con el avance de su meditación adquirirán cada vez mayor importancia. La experiencia que vivió respecto de la realidad de las colectividades humanas durante la guerra fue fundante de su pensamiento. Dice a ese respecto:

“Dos inmensas unidades vivientes comenzaron a mostrarse sobre mi horizonte interno, unidades de dimensiones planetarias:

Una, donde poco a poco llegaban a organizarse y a armonizarse sin esfuerzo mis múltiples experiencias de biólogo en el campo y en el laboratorio: la envoltura viviente de la tierra, la ‘biosfera’.

La otra, por la perspectiva definitiva para la que no hizo falta nada menos que el gran shock de la guerra: la humanidad totalizada, la ‘noosfera’ cuya visión había germinado en mi cabeza en el contacto prolongado con enormes masas humanas que, del Yser a Verdun, se oponían en las trincheras de Francia” (XIII, p.37 y p.40).

La Cristosfera se refiere a la omnipresencia, a la vez transformadora y amorosa de Cristo. Esta esfera es engendrada por la toma de conciencia de un Omega en el corazón de la noosfera. La Cristosfera constituye una onda crítica cuyo punto “crítico”, el umbral, es el Jesús histórico; ella existe por el hecho de la Encarnación y comienza por la gracia otorgada desde el origen en vista del Cristo.

Nuestra exposición no desarrolla, sólo sitúa este último punto, cuya elaboración pertenece al ámbito de la Teología.

El pensamiento de Teilhard tuvo efectivamente gran aceptación entre sus contemporáneos y la juventud de su época; la pregunta que se impone es la de ¿por qué? El problema que él vive con intensidad es el del encuentro del mundo contemporáneo, dominado por la ciencia, y el cristianismo. No era en ese momento una inquietud personal sino el problema de todo cristiano pensante: se trata de la tensión entre dos mundos, de un conflicto entre extremos que hacen que unos vivan entregados a valores terrenales y vean la religión como una forma de alienación, en tanto que otros se encierran en una forma de cristianismo que no mira al mundo.

Por eso se vivía como urgente la necesidad de integrar los verdaderos valores del mundo a la Revelación cristiana. Este estado de cosas hizo que Gabriel Marcel afirmara: “[...] Dios no quiere ser amado por nosotros en contra de lo creado, sino glorificado a través de lo creado y a partir de ello. He aquí por qué tantos libros de edificación me parecen intolerables. Ese Dios erigido contra lo creado y en cierto modo celoso de sus propias obras no es, a mis ojos, más que un ídolo”<sup>2</sup>.

Jean Lacroix, por su parte, dice: “Si tantas almas han sido tocados por el Padre Teilhard, es acaso, en primer lugar, porque sabía volver a hacer del universo un templo”<sup>3</sup>.

Teilhard dijo de sí mismo: “No soy ni un filósofo ni un teólogo, sino un estudioso del ‘fenómeno’, un físico en el viejo sentido griego”<sup>4</sup>. Presenta sus investigaciones como una fenomenología científica del cosmos. Busca comprender el universo tal como se presenta al espectador, exclusivamente como fenómeno. Estima más el Todo que las partes y aspira a que se alcance una síntesis de las ciencias que nos haga saber de nosotros mismos y de nuestro lugar en el cosmos. “La ciencia es esencialmente un análisis, dice en *Ciencia y Cristo*, su método de investigación, sus conclusiones están dominadas por el principio que sostiene que el secreto de las cosas está en sus elementos, de modo que para comprender el mundo basta con llegar a los términos más simples de los que él surgió”<sup>5</sup>. Por este camino la realidad misma se nos ha escapado. “Hacía falta que descendiéramos a los átomos para comprender esta verdad [que la materia no es fundamento estable del mundo]; pero ahora es necesario que no olvidemos que por el análisis hemos dejado escapar lo que constituye lo valioso y la solidez de los seres; la única *consistencia* de los seres les es dada

<sup>2</sup> Gabriel Marcel, *Être et Avoir*, Paris, Aubier, 1935; p. 196/197.

<sup>3</sup> Jean Lacroix, *Le sens de l'athéisme moderne*, Tournai-Paris, 1959; p. 28.

<sup>4</sup> Declaración hecha en una entrevista, *Nouvelles littéraires*, II, enero, 1951.

<sup>5</sup> P. Teilhard de Chardin, *Ciencia y Cristo*, Paris, Editions du Seuil, 1965.

por su elemento sintético, vale decir, por lo que es en grado más o menos perfecto, su alma, su espíritu”<sup>6</sup>.

En su fenomenología no se trata sólo de describir el mundo en su totalidad sino de descubrir el sentido interno oculto en el fenómeno que constituye el universo. En 1953 escribía: “Reconozco que mi fenomenología no es la de Husserl ni la de Merleau Ponty [...] En realidad, y si yo comprendo bien, los fenomenólogos se adornan indebidamente con ese título en la medida en que parecen ignorar una de las dimensiones más esenciales del fenómeno, que no consiste solamente en ser percibido por una conciencia individual, sino en significar (además y al mismo tiempo) esta conciencia particular que se encuentra incluida en un proceso universal de ‘noogénesis’. ¡No comprendo que alguien pueda llamarse ‘fenomenólogo’ y escribir libros enteros sin mencionar siquiera, sin nombrar la cosmogénesis y la ‘evolución’! En verdad Sartre y Merleau Ponty se mueven en un universo pre-galileico”<sup>7</sup>.

Estas consideraciones metodológicas no obstaculizan el hecho de que la obra de Teilhard de Chardin narra una experiencia psicológica directa. Vivió como una responsabilidad hacer conocer lo que para él fue una ‘iluminación’; extrañamente convivieron en él el hombre de ciencia y el místico.

También es necesario señalar que expresa su pensamiento con un estilo literario de alta calidad, que no pocas veces es poético y por momentos adquiere forma de plegaria que dirige a Dios.

Su primera preocupación metodológica lo lleva a hacer explícitos ciertos principios y postulados. Según lo expresa en *Ciencia y Cristo*: “en ellos aparece ‘el espíritu’ en el cual nació y se desarrolló mi pensamiento”<sup>8</sup>.

El primer punto se refiere a “El primado de la conciencia”. El primero de esos principios concierne a la convicción profunda de que el ser es bueno, y a partir de allí se desprende: a) que es mejor ser que no ser y b) que es mejor ser más que ser menos. Admitido como principio auxiliar que el ser ‘completo’ es el ser consciente, se puede dar a ese principio una forma más práctica y más clara, a saber: a) que es mejor ser consciente que no serlo; b) que es mejor ser más consciente que menos consciente”. Estos principios muestran su fecundidad cuando se los lleva hasta sus últimas consecuencias.

<sup>6</sup> Teilhard de Chardin, *Science et Christ*, Paris, Editons du Seuil, 1965; p.55.

<sup>7</sup> Citado por Paul Chauchard, *El ser humano según Teilhard de Chardin*, Barcelona, Editorial Herder, 1966; p. 34/35.

<sup>8</sup> P. Teilhard de Chardin, *Science et Christ*, Paris, ed. Du Seuil, p. 67ss.

El siguiente principio concierne a “*La fe en la vida*: Inmediatamente [...] discierno otra [piedra fundamental de mi vida interior] que es la Fe en la Vida, es decir, la certeza inquebrantable de que el universo considerado en su conjunto, a) tiene un fin y, b) no puede ni equivocarse la ruta ni detenerse en el camino.” Antes de toda explicación de la cosa, cree en el hecho de que el mundo, tomado como un Todo, está seguro de desembocar (en virtud del principio 1) en un estado superior de conciencia.”

En este punto de su desarrollo nos hace saber, casi como en un breve *excursus*, los motivos de su creencia. Es un texto elocuente en el sentido de que el fundamento científico de su meditación no impide que su obra sea la expresión de una experiencia personal; dice: “Lo creo por inferencia, porque si el Universo ha logrado hasta aquí el impensable trabajo de hacer nacer el pensamiento humano en el seno de lo que nos parece una red inimaginable de azares y de oportunidades fallidas, es que él, en el fondo de sí mismo, está dirigido por una potencia soberanamente dueña de los elementos que lo componen. Lo creo también por necesidad, porque si yo pudiera dudar de la solidez a toda prueba de la sustancia en la que me encuentro comprometido, me sentiría absolutamente perdido y desesperado. Lo creo en fin y sobre todo tal vez, por amor, porque amo demasiado el universo que me rodea como para no tener confianza en él”.

El siguiente principio se refiere a “*La fe en lo absoluto*: Puesto que el mundo triunfa (Principio 1) y que ese triunfar consiste en volverse más consciente (Principio 2) concluyo, acabamos de verlo, que el universo madura en sí el fruto de una cierta conciencia”<sup>9</sup>. Teilhard se pregunta cuál es el atributo que exigimos de esta conciencia para reconocer que es un éxito: le pedimos que se represente un estado adquirido *para siempre*, o sea una perfección absoluta.

Si bien la mayoría de los seres humanos no se formula la pregunta acerca de si vale la pena vivir, porque la vida todavía los arrastra automáticamente; sin embargo, de derecho, el problema existe y es previsible que en la medida en que la humanidad avance, esta pregunta se formule cada vez de modo más acuciante. A continuación de este planteo agrega lo que desde mi punto de vista expresa la inquietud y la aspiración más radical de los seres humanos. Dice:

“Los animales tiran del carro pesado del Progreso de manera ciega y pasiva. El ser humano, antes de continuar la tarea en común, puede y debe preguntarse si ella vale la pena que exige: el trabajo de vivir y el terror de morir. Ahora bien, la única recompensa que pueda satisfacerlos (y en este sen-

<sup>9</sup> Obra citada, p. 68ss.

tido hago un llamado a la leal reflexión de todo ser humano capaz de descender al verdadero fondo de sí mismo) es la garantía de que el resultado tangible de nuestras tareas, por algo de sí mismo, es recogido en una Realidad en la que no puede ser alcanzado por ningún gusano ni por ningún óxido” (CyC, p.70). Y dice más adelante: “Probadme que nada quedará un día de mi obra, porque habrá no solamente una muerte del individuo y una muerte de la Tierra, sino una muerte del Universo, - y matareis en mí el resorte de toda actividad.

El último principio a que en ese texto hace referencia concierne a *la prioridad del Todo*. Este principio concierne al rasgo con que Teilhard se representa la Realidad entendida como lo único precioso, la que reúne todo lo que hay de absoluto en su trabajo y en el trabajo de la vida. Tal rasgo es el de una inmensa unidad. “Puesto que es la vida en su conjunto y no en sus elementos la que es infalible (Principio 2); puesto que en el fruto esperado del crecimiento debe destilarse la más pura savia elaborada por cada mónada (Principio 3), el Absoluto hacia el que nos elevamos no podría tener otro rostro que el del todo, un Todo depurado, sublimado, “concientizado”. (CyC, p. 71). Es ese Todo el que por una suerte de “conciencia cósmica” se impone a Teilhard. “Es porque yo siento y amo apasionadamente el Todo, que creo en el primado del ser , - y no puedo admitir un fracaso final de la vida, - y no podría desear mejor recompensa que ese Todo mismo”<sup>10</sup>.

Otras categorías organizadoras de su concepción, como las complementarias “interno” –“externo” y los principios de unificación y convergencia surgen de su meditación sobre los fenómenos que el estudio de la evolución hace manifiesto.

De acuerdo con su visión la evolución continúa, el ser humano es la “flecha de la evolución” pero la humanidad, dotada de conciencia reflexiva y de libertad, está hoy en sus comienzos aunque ella misma es el punto más alto de la evolución.

Conviene aquí tener presente las variaciones en la duración propia de las diferentes etapas. La afirmación que es punto de partida es que el Universo evoluciona, que al comienzo era pura energía; a partir de la energía evolucionó la materia, de ella la vida y de la vida la conciencia, la toma de conciencia de la capacidad de autorreflexión. El tiempo propio de cada etapa de evolución ha decrecido significativamente a medida que se avanza: Transcurrieron diez billones de años antes de que se formara la tierra; cuatro billones y medio de años hasta la aparición de la vida sobre la Tierra; pero sólo transcurrieron cien millo-

<sup>10</sup> Obra citada, p. 72.

nes de años para que la evolución de la vida produjera los primates; y luego sólo unos pocos millones de años hasta la aparición del *homo sapiens*; y luego, apenas diez mil años para que apareciera la civilización y Jesucristo; el organismo social y su toma de conciencia.

En los últimos cien años se ha dado una evolución en tecnología. También es posible iniciarse en el camino al pensamiento de Teilhard recordando la dedicatoria de *El medio divino*: “Para aquellos que aman el mundo”, porque para él quienes aman el mundo buscan; son quienes están en movimiento dentro y fuera de la Iglesia. Teilhard ve el cosmos entero construido a partir de una sola energía que se actualiza bajo diferentes aspectos. Esta convicción es confirmada por la Física. Einstein resulta ser un precursor de Teilhard con la fórmula que sintetiza el descubrimiento de que materia y energía son valores reversibles, vale decir que es posible transformar la materia en energía y viceversa. A partir de las nociones concernientes de la física de su tiempo dice Teilhard en *El fenómeno humano*<sup>11</sup>: “Observada en su parte central, la más clara, la evolución de la materia lleva, en las teorías actuales, a la edificación gradual por complicación creciente de los diversos elementos reconocidos por la físico-química. En lo más bajo, para comenzar, una simplicidad todavía sin resolver, indefinible en términos de figura, de naturaleza luminosa. Después, bruscamente, un hormigueo de corpúsculos elementales, positivos y negativos (protones, neutrones, electrones, fotones ...) cuya lista se acrecienta sin cesar.”

La energía se nos aparece como de naturaleza puramente material, pero no es la única forma de energía que conocemos. Junto a la materia, cualquiera sea la forma en que ella se manifieste, mientras permanece perceptible por nuestros sentidos o por nuestras técnicas, existe en el mundo una manifestación de energía que escapa completamente a los instrumentos científicos: es el espíritu o la energía psíquica. Pero Teilhard vislumbra un hecho notable: la energía material y la energía espiritual se muestran como idénticas. Este principio que no puede ser formalmente demostrado, corresponde en cambio a la lógica de la evolución, sobre todo si se tiene en cuenta que este principio le permite elaborar un pensamiento grávido de consecuencias que abarca a todos los seres y particularmente al ser humano en su integridad: cuerpo y alma, materia y espíritu.

Para él no cabe duda de que de algún modo la energía material y la espiritual se sostienen la una a la otra y se prolongan; en rigor, en el mundo no tiene que haber sino el juego de una sola energía única. Esta afirmación se

<sup>11</sup> P. Teilhard de Chardin, *Le phénomène humain*, Paris, Editions du Seuil, 1955; p. 42/43.

funda en su constatación de que el pensamiento es un fenómeno espiritual que nace de la actividad cerebral. Esta convicción formaba parte del haber de su tiempo, y es fácilmente aceptable en el caso del ser humano; lo que hay que llegar a comprender es cómo Teilhard puede afirmar la presencia de una fuerza espiritual hasta en la materia inerte. Sostiene que en el mundo, a través de los diversos umbrales por los que avanzó la evolución, sólo puede aparecer como producto final aquello que ha sido oscuramente primordial. Por eso afirma que en el origen del universo hay una sola energía primera que es de naturaleza psíquica; ella se muestra en un doble aspecto: material y espiritual. Ella se expresa, por una parte, en lo que Teilhard denomina “energía tangencial”, y por otra, como “energía radial”. La primera es la que hace que los elementos sean solidarios entre ellos. Experimentalmente los constata la química o la microfísica; se encuentran en la misma escala de estructura, como los átomos entre ellos o las moléculas entre ellas.

La energía radial es la que atrae los elementos en la dirección de un estado cada vez más complejo y centrado hacia delante. Es la fuerza psíquica que preside el proceso evolutivo y lo atrae hacia formas más complejas, en el sentido de una evolución que progresa, que avanza; ella hace que los átomos se agrupen formando moléculas; que éstas formen mega-moléculas y así siguiendo; es la energía radial la que induce el nacimiento de todas las especies vivientes. Estas energías corresponden a lo que Teilhard denomina “lo exterior” y “lo interior” de las cosas. Esta doble energía es, entonces, el instrumento por el que se expresa la evolución, su juego no es absurdo y ciego. Teilhard descubre que el movimiento evolutivo sigue una ley vigente desde que el universo existe y que sin duda persistirá en el porvenir. Es la gran ley fundamental sobre la que se apoya la visión universal teilhardiana: *la ley de complejificación-conciencia*.

En *El lugar del hombre en la naturaleza*<sup>12</sup> dice: “[...] la biología no hubiera podido desarrollarse y tomar un lugar coherente en el universo de las ciencias más que si uno se decide a reconocer en la vida la expresión de uno de esos movimientos, los más significativos y los más fundamentales del mundo a nuestro alrededor”, y dice también: “la vida [...] sólo se presenta experimentalmente a la ciencia como un efecto material de complejidad”. Todo el proceso de evolución es una vasta continuidad, un fenómeno que prosigue, a lo largo del tiempo, a partir de la materia más simple, y produce sin cesar formas nuevas. El problema capital es el del paso posible del estado de pre-vida al de vida. A este respecto se pronuncia: “[...] la vida [es] la exageración privilegiada de

<sup>12</sup> P. Teilhard de Chardin, *La place de l'homme dans la nature*, Paris, Éditions du Seuil, 1956; p.

una propiedad cósmica universal, - la vida no es un epifenómeno sino la esencia misma del fenómeno”<sup>13</sup>.

Hoy la geoquímica proporciona pruebas de la filiación de la materia orgánica respecto de la materia inerte<sup>14</sup>. Para Teilhard la marcha hacia adelante de la evolución tiene lugar por el impulso de la fuerza radial, “corriente constante, perenne, de complejificación interiorizante. Salteando grandes etapas, nos restringimos aquí a recordar que Teilhard muestra que el cerebro presenta a lo largo de la evolución la estructura de un volumen siempre mayor y una complejidad creciente, desde los peces a los anfibios, luego a los reptiles hasta llegar a los mamíferos, incluido el hombre.

En el orden de los primates se da una cerebralización creciente, en particular en los antropoides: gorila, chimpancé, orangután; en ellos los dos hemisferios se desarrollaron de manera preponderante comparados con las demás partes en la caja craneana. El psiquismo animal se corresponde con el desarrollo del sistema nervioso central. La conciencia animal crece a medida que la estructura cerebral se hace más amplia y compleja; pero por muy perfecta que sea no supera el límite de una conciencia perceptiva.

Entre el hombre y el animal existe una diferencia neuro-fisiológica, aún en el nivel de evolución más avanzado: ella concierne al número incomparablemente mayor de neuronas del cerebro del hombre comparado con el animal. Esa superioridad hace posible un número infinitamente superior de interconexiones que fundan una actividad nueva, la de la conciencia reflexiva. Así sobreviene una diferencia radical: el animal no sabe que sabe; el ser humano sabe que sabe y sabe de sí mismo, posee una interioridad y sabe de ella. Cuando esto tuvo lugar por primera vez, se dio el paso a la hominización. Dice Teilhard que si el animal dispusiera de capacidad de reflexión “habría multiplicado sus invenciones desde mucho tiempo atrás y habría desarrollado un sistema de construcciones [...] que no escaparía a nuestra observación; [...] un dominio de lo Real está cerrado para él, es el [dominio] en que nosotros nos movemos y en el que él no puede entrar [...] nos separa un umbral que él no puede franquear. Respecto de el animal, y porque somos reflexivos, no sólo somos diferentes sino otros. No hay un simple cambio de grado – sino un cambio de naturaleza – que resulta de un cambio de estado”<sup>15</sup>.

<sup>13</sup> Op. cit. p. 27.

<sup>14</sup> Ver George Magloire y Hubert Cuypers, *Presencia de Pierre Teilhard de Chardin*, Paris, Ediciones Universitarias, 1961; p. 125 ss.

<sup>15</sup> Teilhard de Chardin, *Le Phénomène humain*, p. 182.

La aparición del pensamiento tiene una importancia extrema puesto que el pensamiento cambiará la faz de la tierra. Dice Teilhard en *El lugar del hombre en la naturaleza*: “Por la irrupción de la hominización, la onda complejidad-conciencia ha penetrado sobre la Tierra, siguiendo el *phylum* antropoides, en un dominio o compartimiento absolutamente nuevo para el Universo: el de lo reflexivo”<sup>16</sup>. Y dice en *El fenómeno humano*: “El cambio de estado biológico que desemboca en el despertar del pensamiento no corresponde simplemente a un punto crítico atravesado por el Individuo o bien por la especie. Más vasto que eso, afecta la Vida misma en su totalidad orgánica, - en consecuencia marca una transformación que afecta todo el estado del planeta”<sup>17</sup>. Y también: “La geogénesis [...] emigra en una biogénesis que finalmente no es otra cosa que una psicogénesis”<sup>18</sup>.

Con la llegada del ser humano comienza la historia del pensamiento: es el fenómeno de la *noogénesis*, vale decir, el desarrollo del espíritu que se extiende en dos direcciones correspondientes a las dos modalidades de la energía universal fundante. Por una parte, se trata de la energía radial que se muestra en la extensión progresiva del espíritu del mundo, hasta volverse planetaria; por otra, se trata de la energía tangencial que se manifiesta en un crecimiento de ese espíritu o conciencia, primero en el ser humano y luego en la humanidad.

La imagen con que Teilhard ilustra este despliegue temporal es el “cono del tiempo”, metáfora con la quiere mostrar la organicidad y la convergencia del tiempo, del mismo modo que todas las generatrices del cono convergen hacia la cúspide. La historia del hombre, desde los tiempos más remotos, la edad de piedra, la del hierro y el bronce lleva el sello del espíritu en formas elementales de religión y de arte. En vista de la historia de las civilizaciones, Teilhard sostiene que al comienzo la humanidad existía en una forma que se puede considerar análoga a la evolución de la materia, una forma “granular”, en que los individuos vivían dispersos, apenas unidos; luego, en el curso de la historia se constituye un gran cuerpo en el que las conciencias individuales se unirán en una conciencia vasta configurada por la reflexión de millones de conciencias

A diferencia de lo que sucedió en el Siglo XIX, el siglo de los Derechos del Hombre, vale decir del ciudadano frente a la colectividad, el Siglo XX muestra un adelanto en la socialización de la humanidad; índice de esto es la

<sup>16</sup> Teilhard de Chardin, *La place de l'homme dans la nature*, p. 115.

<sup>17</sup> Teilhard de Chardin, *Le Phénomène humain*, p. 199/200.

<sup>18</sup> Teilhard de Chardin, *Le Phénomène humain*, p. 200.

multiplicación de los organismos internacionales que han surgido. En el plano religioso se expresa en un gran movimiento ecuménico.

Con la aparición del hombre la evolución continúa en el plano psíquico o espiritual. Dice en *El fenómeno humano* acerca de la coincidencia de un máximo de conciencia y un máximo de complejificación: “Para un espíritu despierto al sentido completo de la evolución la inexplicable similitud se resuelve en identidad; identidad de una estructura que bajo formas diferentes se prolonga de abajo hacia arriba, de umbral en umbral, desde la raíces hasta la flor, - por la continuidad orgánica del Movimiento - o, lo que es lo mismo, por la unidad del Medio”<sup>19</sup>. Y concluye: “*El fenómeno social, culminación y no atenuación del fenómeno biológico*”<sup>20</sup>. El surgimiento de una conciencia creciente a través de los seres ha sido, desde los orígenes, la única finalidad de la evolución. Dice Teilhard: “La onda que sentimos pasar no se ha formado en nosotros mismos. Ella nos llega de muy lejos, partió al mismo tiempo que la luz de las primeras estrellas. Llega a nosotros después de haber creado todo en el camino. El espíritu de busca y de conquista es el alma permanente de la evolución”<sup>21</sup>.

Toda la evolución es ascenso y expansión de conciencia. Magloire y Cuypers resumen el pensamiento de Teilhard en este punto diciendo: “La humanidad, por su misma extensión, se encuentra obligada a una organización cada vez más intrincada, más densa, más rica en eficacia en toda la extensión del globo: por ese hecho no sólo hay socialización sino verdaderamente un avance en cohesión convergente en el plano de la humanidad que persigue objetivos que se han vuelto comunes a todos los hombres. La política, las ciencias, las artes y la filosofía penetran más allá de las fronteras, hasta los pueblos que hace algunos años todavía vivían aislados y les ofrecen conceptos que se universalizan constantemente: se está constituyendo una civilización mundial”<sup>22</sup>.

La socialización del hombre plantea un problema: el de la posible pérdida de la individualidad en el todo social que lo abarca. Para Teilhard, el psiquismo convergente de la noosfera hace que los seres humanos tengan una conciencia más esclarecida, en la medida en que surge y se instala el sentimiento de solidaridad y de responsabilidad. “La unión personaliza” - dice Teilhard. En efecto, en la interacción con sus semejantes, el ser humano sufre interferencias pero su

<sup>19</sup> Teilhard de Chardin, *Le Phénomène humain*, p. 247.

<sup>20</sup> Teilhard de Chardin, *Le Phénomène humain*, idem.

<sup>21</sup> Teilhard de Chardin, *Le Phénomène humain*, p. 248.

<sup>22</sup> G. Magloire y H. Cuypers, *Présence de Pierre Teilhard de Chardin*, Paris, Éditions Universitaires, 1961; p. 147.

experiencia se enriquece y, concomitantemente, desarrolla su patrimonio de conciencia, su inteligencia, su riqueza espiritual: expande su personalidad y alcanza el plano moral. Se hace manifiesto que la evolución elabora una conciencia colectiva y, paralelamente, la personalización de los individuos en la noosfera.

Respecto de esta totalización dice Teilhard: “Según nosotros creamos o no creamos, el mismo proceso totalizador del que no es posible escapar, puede o bien darnos vida o bien matarnos. Y bien, es para encontrar esta fe que salva y que transforma que, precisamente, sobre el valor espiritualizador y humanizante de la totalización social hace falta que tomemos posición y enseguida, en el momento crucial, volviendo a encontrar en plano social el sentido de la especie. La vida no espera y nosotros estamos en posición inestable”<sup>23</sup>.

La fenomenología de la evolución hace manifiesto el cumplimiento de la ley complejidad-conciencia, por lo tanto el porvenir del hombre consiste en la aparición de un aumento permanente de energía en una materia cada vez más poderosamente sintetizada. Por extrapolación de la curva evolutiva desplegada sobre 300 millones de años, Teilhard sostiene que en el futuro la evolución de la conciencia debe proseguir en formas persistentemente crecientes de organización y de conciencia, orientados hacia estados superiores que habrán de ser conquistados., hacia un estado de evolución psíquica capaz de “percepción de dimensiones y de valores nuevos”.

No está excluido que la humanidad, por gusto al suicidio interrumpa su destino normal, el que está inscrito en la flecha de la evolución. Tal posibilidad contradice la génesis creciente de conciencia. La humanidad cuenta con una enorme reserva de progreso. Los aspectos negativos que ella muestra en la actualidad y que mostró en los diferentes tiempos, no deben hacer olvidar que “Energéticamente y biológicamente, el grupo humano es todavía muy joven, [...] orgánicamente hablando todavía tiene que vivir y desarrollarse durante muchos millones de años”<sup>24</sup>. El crecimiento en conciencia lo es en conocimiento y en amor.

En *El porvenir del hombre* Teilhard convoca a apresurar la Parusía, a terminar de construir al hombre sobre la Tierra. Tal acabamiento implica acción, cambio, evolución y progreso. Esa acción tiene lugar en un doble plano: por una parte, el biológico que abarca tanto lo psicológico como lo social; por otra, el religioso y metafísico, ya que obrar con vistas a la Parusía eleva al hombre al nivel que caracteriza la visión cósmica de Teilhard. La génesis de la

<sup>23</sup> Citado sin referencia por G. Magloire y H. Cuypers, obra citada, p.151.

<sup>24</sup> P. Teilhard de Chardin, citado sin referencia por G. Magloire y H. Cuypers, obra citada, p.157.

humanidad de mañana es movida por una gran esperanza, que es la que conduce a la acción y también por el factor comunitario cuya organización creciente encamina hacia la unidad, hacia una mayor cohesión y una mayor solidaridad.

El movimiento convergente de la noosfera que parte de la conciencia colectiva tiende a la constitución de una conciencia supra-reflexiva, una supra-conciencia que sólo apuntará a los valores espirituales del hombre. Sin embargo, todo lo visto no basta para alcanzar el éxito final de este camino hacia la unificación. El movimiento convergente de la evolución es atraído, en relación directa con la personalización creciente. Tal fuente de atracción es el Punto Omega. Por otra parte, el motor de la unanimidad a la que se aspira es el amor como atracción real, imprescriptible de un Ser trascendente. Dice Teilhard: "Mas creo apercibir que el principio generador de su unificación (la de la humanidad, evidentemente) no hay que buscarla al fin, ni en la sola contemplación de una Verdad, ni en el solo deseo suscitado por alguna cosa, sino en la atracción común ejercida por un mismo alguien"<sup>25</sup>. Ese "alguien" es el Punto Omega, culminación de la fenomenología científica. Este Omega, por necesidad ontológica y para escapar a las vicisitudes de la evolución, se sitúa fuera del tiempo. Es definido como Conciencia absoluta y Persona soberana, atributos que el creyente reconoce en Dios.

La empresa en que el ser humano está comprometido es la de la edificación de *el Espíritu de la Tierra*, los medios para ese fin son el amor, la unidad entre los hombres y la necesidad de comprender, o sea, la búsqueda fundada en *el Espíritu de la Tierra*. El amor es el coronamiento de la potencia cósmica. Es manifiesto en la atracción que vincula hombre y mujer; también es fácil constatarlo en el reino animal, pero lo que en particular señala Teilhard es que se lo percibe en la atracción elemental en el ámbito de lo que constituye la materia del Universo, "es la fuerza de pasión, la más fundamental".

Dice Teilhard: "En el presente no se trata más de organizar sociedades locales, naciones o pueblos; en verdad han llegado los tiempos de *construir la Tierra*".

El tramo final de esta exposición aborda tres temas. Los dos primeros conciernen a la toma de posición de Teilhard acerca de la cuestión del mal y de la muerte. El último pregunta si es que hoy es posible pensar todavía en el progreso de la noosfera.

Teilhard medita reiteradamente sobre el tema del mal. En su obra, *El*

<sup>25</sup> P. Teilhard de Chardin, *L'avenir de l'homme*, p. 99.

*fenómeno humano*, concluye con un apéndice titulado “Sobre el lugar y la parte del mal en un mundo en evolución”. Comienza por aceptar que quien haya leído esa obra podría preguntarse si desde el lugar en que Teilhard se ha ubicado, el mal y su problemática se desvanecen. Aclara que, en esa obra, él quiere destacar la *esencia positiva* del proceso biológico de hominización y eso le permite prescindir del lado negativo, “pero – dice – eso no quiere decir que yo no lo vea”. Y sigue diciendo “Sería no haber comprendido nada de la visión que se propone, buscar aquí una suerte de idilio humano, en lugar del drama cósmico que he querido evocar”<sup>26</sup>. Reconoce el mal multiforme que emerge por todas las articulaciones del sistema: “*el mal del desorden y del fracaso*”, “*el mal de la descomposición*”, esto es de la enfermedad y la corrupción y también “la muerte, engranaje esencial del mecanismo y del ascenso de la vida”; *el mal de la soledad y de la angustia*”, “*el mal del crecimiento*” por el que se expresa en nosotros, “en los horrores de un parto, la ley misteriosa que desde la más modesta química hasta las más altas síntesis del espíritu, hace que se traduzca en términos de trabajo y de esfuerzo todo progreso en dirección de un plus de unidad”<sup>27</sup>. Son “dolores y faltas, lágrimas y sangre: subproductos, (por lo demás, a menudo preciosos y reutilizables), engendrados en el camino por la *noogénesis*”. Puede surgir la pregunta acerca de si ese mal cuyas formas ha señalado es verdaderamente todo, si no hay que algo más, si al “*efecto normal de la evolución*” no se agrega el *efecto extraordinario* de alguna catástrofe o desviación primordial”<sup>28</sup>: esta pregunta alude implícitamente al pecado original. A ese respecto Teilhard aclara que no está, en ese lugar de su obra, en condiciones de tomar posición. Agrega que, a la mirada de un simple biólogo, “nada se parece tanto al camino de la Cruz como la epopeya humana”<sup>29</sup>.

A pesar de la tendencia entrópica, Teilhard expresa su convicción de que, a partir del momento en que la evolución se piensa a sí misma, ella “no podría aceptarse ni auto-propagarse si no se reconociera irreversible, es decir, inmortal”<sup>30</sup>. El texto con que se cierra *La activación de la energía*<sup>31</sup>, titulado “Barrera de la muerte y Co-reflexión”, (con una nota al pie que aclara: [Barrera] Como quien dice “barrera del sonido”), sostiene que en su visión espiritualista de la evolución, la muerte, a pesar de las terribles transformaciones que trae consigo, se encuentra exorcizada: “¡su veneno ha desaparecido del corazón de las cosas!”.

<sup>26</sup> P. Teilhard de Chardin, *Le phénomène humanin*, op.cit., p. 345.

<sup>27</sup> Op. cit., p. 347

<sup>28</sup> Idem.

<sup>29</sup> Op. cit., p.348.

<sup>30</sup> Citado por G. Magloire y H. Cuypers sin referencia, p. 156.

<sup>31</sup> P. Teilhard de Chardin, *L'activation de l'énergie*, Paris, Editions du Seuil, 1963, 417 ss.

La verdadera dificultad es que en la hora presente los seres humanos no parecen sentir con claridad la incompatibilidad energética que opone “actividad evolutiva reflexiva” a “previsión de una muerte total”. La pregunta es si la desactivación de la propia evolución por amenaza de aniquilamiento de la propia obra podría ser una cuestión de temperamento. Habría que decidir si lo que sucede es que hay dos especies psicológicas de hombres: una capaz de apasionarse por lo meramente temporario y otra que sólo se comprometería si fuera para siempre. Teilhard sostiene que si todavía no hemos alcanzado la *unanimidad* ella por lo menos está en vías de realización. El consenso humano que Teilhard entrevía para tiempos más o menos cercanos, a partir del hecho de “la irreversibilidad evolutiva de lo reflexivo” (principio de conservación de conciencia) es ajeno cualquier acuerdo convencional o de un acto de fe ciega. Es necesario concebirlo como “acceso luminoso a un *estadio psicológico nuevo*”.

Dice: “En el curso de su historia el hombre ya ha franqueado varias veces umbrales bien definidos en su toma de conciencia del Universo: por ejemplo cuando se apercibió que la tierra era redonda, - o bien que ella giraba, - o bien (y sobre todo) que el mundo, de un extremo al otro, no era más un Cosmos sino una Cosmogénesis ¿Por qué ese mismo ser humano no alcanzaría ciertas mesetas también en la percepción, ya no sólo de la estructura exterior de las cosas sino de la naturaleza misma de su propia materia espiritual? [...].

Hoy, el 99% de los seres humanos, tal vez imaginan que pueden respirar plenamente en el interior de una barrera infranqueable de muerte, con tal de que se la pueda considerar suficientemente lejos. Mañana (estoy convencido, porque con muchos otros yo ya tengo esa experiencia) una suerte de claustrofobia pánica capturaría a la humanidad ante la sola idea de que ella pudiera hallarse herméticamente encerrada en un Universo cerrado. Todo eso porque en el fondo de nosotros mismos (y tal vez sin que nos demos cuenta) el ser reflexivo, desde siempre, estaba orientado (en su misma sustancia) hacia una supervivencia que no termine: pero no podíamos apercibirnos ‘en masa’ acerca de esta polarización primordial mientras la co-reflexión no hubiera alcanzado cierto valor crítico a nuestro alrededor.”

N.M. Wildjers recapitula el pensamiento teilhardiano recordando que mientras numerosas especies se han extinguido, el ser humano prosigue su marcha ascendente. Por el momento no aparecen indicios de cansancio vital. Como especie es cada vez más numerosa, y son cada vez más intensas tanto su capacidad espiritual como su tendencia a la expansión. Su fuerza somete a todas las demás fuerzas y se aplica a su búsqueda insaciable de progreso. Trae a continuación una cita de Teilhard que dice: “A pesar de todo lo que la ciencia puede hacer

notar de accidental en nuestra situación entre los seres vivos, nosotros, los hombres, representamos la parte del mundo que ha tenido éxito, aquella por donde fluye, hacia la brecha por fin practicada, toda la savia y todo el impulso de la evolución cognoscible. Somos nosotros, sin ninguna duda, quienes constituimos la parte activa del Universo, la yema en que la vida se concentra y trabaja, el capullo en que se esconde la flor de todas las esperanzas”<sup>32</sup>.

Para terminar es posible conducir lo visto hasta aquí a la pregunta: ¿Está progresando la noogénesis?<sup>33</sup>. El avance de la humanidad tiene lugar en el sentido de “una conquista de la Materia puesta al servicio del Espíritu”. Tal es la profunda convicción de Teilhard. Afirma: “El pensamiento es capaz de perfeccionar artificialmente el órgano mismo de su pensamiento. La vida puede dar un salto hacia adelante bajo el efecto colectivo de su reflexión” y con esta afirmación parece traernos directamente a la actualidad y al avance de la cibernética. Es precisamente en ese campo donde se ubica hoy buena parte de los estudios sobre Teilhard de Chardin.

No se le oculta que en la medida en que el ser humano, habiéndose dado cuenta de que el destino del mundo está en sus manos, decida que tiene delante un porvenir sin límites en el que no podría naufragar; por un movimiento de egoísmo podría buscar su propia plenificación “en un esfuerzo de aislamiento” que le permitiera desprenderse “de la multitud *de los otros*” y comenzar a vivir para sí mismo: “hacerse más para ser más” que es la regla que Teilhard reconoce para el todo de los seres humanos. Este camino [de aislamiento] es equivocado; tal como lo muestra la marcha de la evolución esa opción generalizada convertiría a la humanidad en “una polvareda de partículas activas, disociadas, una gaviilla de chispas que se apagarían en la noche. Sea que se trate de egoísmo del individuo o de grupo (racismo), ambos equivaldrían “a la muerte total”.

Teilhard no es optimista sino que, en vista de la lectura de la evolución a que lo conducen tanto la paleontología como la geología y la biología, sostiene que el desarrollo ha tenido lugar conforme a la ley complejidad-conciencia. Todo ocurre como si al proceso de convergencia se opusiera la tendencia a la entropía a que está sometido nuestro planeta. Sin embargo, el monto de energía que se sustrae a la desintegración se aplica a la construcción de órdenes de nivel siempre más alto.

Dicen M.L. Glycerio y J.Paulsen: “Puesto que la noosfera es una cubierta hecha de pensamiento humano e información, ella evoluciona junto con la

<sup>32</sup> P. Teilhard de Chardin, *La vie cosmique*, Paris, Éditions du Seuil, 1956, p. 15.

<sup>33</sup> Op. Cit., p. 263

totalidad de esta conciencia planetaria. No obstante, hoy, el ser humano en esta edad de socialización de la compresión parece, en primer lugar, preocupado, tratando de escapar a la tensión producida por la superpoblación étnica, por los totalitarismos que todavía amenazan, por la mencionada *entropía y desintegración de la energía* tanto como por el miedo a que los crecientes desastres ecológicos estén destruyendo los recursos de nuestro planeta. Todos estos factores parecen hacer imposibles las perspectivas de una existencia de la humanidad valiosa y pacífica. Parecería que estamos llegando a una *impasse*. ¿Podría ocurrir que la noosfera estuviera llegando a un punto de *saturación*, - un punto en el que sus chances de éxito o de falta de éxito ya sean irreversibles o ni siquiera dignas de consideración a los ojos del hombre materialista contemporáneo?”.

El artículo de Glycerio y Paulsen es producto de una investigación seria y actualizada gracias a la que también accedemos a textos seleccionados por Pierre Berger, periodista de El Mundo Informático y vicepresidente del Consejo de Administración de la Asociación Francesa de las Ciencias y las Tecnologías de la Información. Tales textos están extraídos de *El porvenir del hombre* y son clave para comprender la posición de Teilhard frente a la preocupación por el curso de la noosfera. Dicen: “Omega [es] la gran fuerza atractiva del régimen de socialización compresiva al que acabamos de ingresar; nada nos lleva a prever su relajamiento, mucho menos su fin. Garantizadas tales condiciones, no nos dañaría, evidentemente, intentar evadir el torbellino que presiona sobre nosotros. Muy por el contrario, es extremadamente importante aprender, en medio de esta confusión, cómo orientarnos y cómo conducirnos espiritualmente, de modo que esta restricción totalizadora a la que estamos sometidos pueda resultar, no en deshumanizarnos por mecanización, sino más bien (tal como parece posible) en super-humanizarnos por intensificación de nuestras capacidades de comprender y de amar”<sup>34</sup>.

Y también: “[...] Sin duda, en lo profundo de las zonas más espiritualizadas de nuestro ser , subsisten ciertas necesidades interiores que inexorablemente nos fuerzan a proseguir nuestra marcha hacia delante. [...] Duplicando, poco a poco, transmitiendo el empuje que llega desde el fondo, la aparición de una atracción que desciende desde lo alto se manifiesta a sí misma como orgánicamente indispensable para el resto de la operación; - indispensable para sostener la presión vital de la evolución; e indispensable , al mismo tiempo, para rodear la humanidad en el proceso de totalización con la tibieza psíquica , la atmósfera cordial, sin la que la captación económico-técnica del mundo, no sólo resulte en un choque de unas almas contra otras, sin lograr

<sup>34</sup> *L'avenir de l'homme*, p. 360 de la versión inglesa

nunca unir las soldarlas y unificarlas. [...] Sólo puede haber [...] una clase de Universo – convergente [respecto de] cierta iluminación, de cierta revelación vivificante al final del túnel [...]”<sup>35</sup>.

Y por fin: “Se presentan dos soluciones parcialmente divergentes. [...] De acuerdo con una de ellas (la ‘solución colectivista’), para asegurar el éxito biológico de nuestra evolución bastaría con que la humanidad lograra arreglarse a sí misma globalmente de algún modo, en una suerte de circuito en el que cada elemento pensante [...] conectado con todos los otros pueda llegar a cierta claridad final de su visión y a cierta temperatura de comprensión mutua – y sin embargo todo esto todavía sin ninguna apariencia de un centro. [...] Según la hipótesis opuesta (la ‘solución personalista’), es precisamente tal *centro de ensamble*, es precisamente la piedra angular que debe ser anticipada y aplicada. [...] Si verdaderamente [...] una real forma de amor no surge en el corazón de la evolución – amor más fuerte que toda forma de egotismo privado y que toda pasión especial, - ¿cómo sería posible esperar que la noosfera se estabilice? [...] Verdaderamente, para mantener unida la multitud humana sin aplastarla [...] aparece como indispensable un campo de atracción poderoso y al mismo tiempo irreversible. [...] Así han razonado y sentido los cristianos (por lo menos implícitamente) durante dos mil años. Y así se va a encontrar obligado a pensar, bajo la presión de los acontecimientos, un número creciente de biólogos y de psicólogos. Tanto más, cuanto que el gran acontecimiento de hoy en el curso de la historia de la Tierra sería tal vez justamente el descubrimiento gradual [...] no sólo de alguna *cosa* sino de *Alguien* en la cumbre engendrado por la convergencia sobre sí mismo del Universo en evolución”<sup>36</sup>

La pregunta acuciante a que se refieren Glycerio y Paulsen concierne al progreso de la noosfera en el Tercer Milenio. No me detengo en la enumeración de las características de los tiempos que nos toca vivir, las que nos inclinarían a ser pesimistas en cuanto a la marcha hacia la Cristosfera. Sin embargo, la invención, el funcionamiento y la difusión de Internet, es un instrumento que realiza técnicamente, de modo neutro, la unión espiritual, calificada, de la noosfera.

Termino con una cita de Jean Pierre Luminet, astrofísico, director de Centro Nacional de Investigación Científica Francesa. Dice: “Con Internet esta famosa conciencia planetaria, tan alabada por precursores tales como Teilhard de Chardin, se vuelve obvia. En el mundo cibernético la noción de extranjero no existe.” Esta constatación, nos lleva a responder con Glycerio y Paulsen a la pregunta por el progreso de la noosfera en el tercer milenio: “Eso depende de nosotros”.

<sup>35</sup> Idem

<sup>36</sup> Op. Cit., p.367 de la versión inglesa.